

María Isabel Carvajal Araya

Cinco temas en busca de un pensador: una lectura desde la modernidad-posmodernidad

Universidad de Costa Rica

notayletra@gmail.com

Introducción

Quiénes somos, o por qué actuamos como actuamos, es una interrogante esperando ser constestada. Cuando hablamos, expresamos siempre más que palabras; las expresiones comunes nos identifican con situaciones y formas de pensar, las cuales algunas veces escapan de la razón. En el caso que nos compete, los *Cinco temas en busca de un pensador*, de la escritora costarricense Carmen Naranjo, se lleva a cabo un análisis de cinco expresiones “muy costarricenses”. El texto fue editado en 1977 y representó desde entonces un cuestionamiento a nivel nacional. El texto se enmarca dentro de la época llamada posmoderna, sin embargo es pertinente aclarar que los términos de modernidad y posmodernidad son ambiguos, ya que existen contradicciones entre los teóricos acerca de dónde empieza una corriente y dónde termina, así como cuáles son las características que se les atribuyen, ya que varían en relación con las diferentes corrientes de pensamiento. Hoy, después de más de treinta años, pretendemos mirar con los ojos, tanto de la modernidad como de la posmodernidad estos temas, para constatar si en efecto, los cambios generados en la posmodernidad han afectado la forma de ser de los costarricenses o si, por el contrario, estos argumentos característicos algunos de ellos, de la modernidad, se mantienen vigentes actualmente.

Habermas nos habla de la modernidad como “un proyecto incompleto” (131), de manera que no concibe la posmodernidad como una corriente aparte de la primera. Por otro lado, Giddens señala lo siguiente: “ [...] la modernidad es multidimensional [...] ” (24) y define la posmodernidad como “una serie de transiciones inmanentes” (54), acota también que “[e]l posmodernismo, si es que quiere decir algo, será mejor referirlo a estilos o movimientos de la literatura, la pintura, artes plásticas y la arquitectura” (52). Lyotard, por su parte, señala que “lo posmoderno como fenómeno estético, no se diferencia de lo moderno” y lo cataloga como “una estadía recurrente dentro del modernismo” (citado en Huyssen 242).

El texto, además de ser analizado bajo las perspectivas mencionadas anteriormente, será abordado en aspectos lingüísticos, con la finalidad de aportar otras alternativas que sirvan de complemento a esta lectura. Esperamos que el análisis brinde algunos pensamientos positivos que contribuyan en algo a excluir de la pasividad característica al ser costarricense, ya que “la realidad se construye”. En este ensayo, los temas se irán explorando uno a uno en su orden respectivo: *Ahí vamos*, *Qué le vamos a hacer*, *A mí qué me importa*, *De por sí e Idiay*. Para realizar este ensayo, nos acogemos también a los soportes teóricos y filosóficos de Foucault.

Ahí vamos ...

Un hombre pregunta a otro: *¿Qué tal?* Una pregunta elíptica, individual, directa, hecha viendo a los ojos y esperando el movimiento de la respuesta, casi adivinando cuál será, porque la pregunta está en parte contestada en la lectura de los rasgos y en el registro de las impresiones. En el intermedio de la pregunta, un intermedio instantáneo, se sabe ya la respuesta dentro de un pensamiento oculto por prudencia, por cortesía, por respeto, por simple pereza o porque es costumbre esconder algo de lo que se está pensando. El otro contesta: *“ahí vamos”*. No dice *“ahí voy”*. Tampoco *“aquí voy”*. Proyecta en un punto lejano, sin señalar, la ubicación de su camino. Un punto impreciso; porque no es el aquí, en donde está. Es algo que sin ser muy lejano, tampoco pertenece a su presente circunstancial. Definitivamente está ajeno al momento. (Naranjo 23).

Naranjo aduce que esta forma de contestar, en plural, se debe a que el hombre es él y su compañera, la “soledad”, o bien porque se “deshace” en el “usted” y el “yo”. El yo hablante señala a la “soledad” como algo que se refleja en un espejo, porque comparte esa sensación con el resto de los humanos, en un principio básico de igualdad o de semejanza.

La referencia al espejo nos lleva a la reflexión de un pasaje de Habermas que expresa: “Todo individuo es un espejo del mundo en conjunto; básicamente puede determinarse por la conjunción de todos los predicados que le convienen” (195). En el caso que nos atañe, el hombre parece mantener una estrecha relación con este espejo que comparte su vida, ya que lo acompaña en su existir y con el cual se identifica plenamente. Tanto el reflejo de su persona como el verbo utilizado “ir”, parece que, en un lugar indeterminado, el sujeto se mueve, sin definir hacia dónde se dirige. El hombre se mueve a merced de las circunstancias, sin determinación alguna.

La modernidad mantiene al sujeto en un movimiento que obedece al vaivén de las políticas e ideologías reinantes; los campos de producción enajenan y conducen al individuo a ese sitio preferencial que se llama “consumo”, ya que “ahí vamos”; vamos al concierto cuyos letreros adoctrinan nuestras mentes meses previos a la realización del mismo. Vamos al “Centro Comercial”, porque no somos capaces de encontrar otros sitios para la recreación que únicamente brinden esparcimiento, pero sin que medie el impulso programado del consumo.

El “ahí vamos” de Naranjo, nos habla de la soledad, de aceptación del destino, de su colectividad con el resto del mundo por igualdad o semejanza, de la no trascendencia, de la permanencia estática, de la resignación a vivir de cualquier manera.

Luego de treinta y dos años, el “ahí vamos” continúa en el repertorio de expresiones habituales de los costarricenses, sin embargo, se relaciona específicamente a la realidad socio-económica que se vive en el país: al “ahí vamos”, se le agrega “¡ ... no tan bien como usted! ”. Aunque sabemos que la situación económica afecta a la gran mayoría, siempre se cree que esa problemática perjudica principalmente al propio individuo. En nuestra modernidad (¿la posmodernidad?), el “ahí vamos” resulta más frustrante debido a que en realidad sí vamos a un determinado lugar, pero a un lugar que ha sido programado efectivamente, por la sociedad de

consumo: propaganda en periódicos, revistas, vallas publicitarias, *links* en internet, música, radio. Ahí vamos todos, si no de *shopping*, al menos de *windows*, o lo que es igual, a “ver” a otros comprar, o simplemente, a desear esa mercadería que tan insistentemente se nos induce a consumir, pero, que al no poder obtenerla, vamos por ahí con la frustración reflejada en el rostro. Vamos también ya no únicamente nosotros, como individuos, sino que arrastramos en ese caminar a nuestros hijos. Menciona Habermas que “[e]l sujeto auténtico debe su individuación a sí mismo; se ha tomado a sí mismo bajo su propia responsabilidad como este determinado producto de un determinado entorno histórico” (204). ¿Dónde está esa individuación manifiesta cuando no somos capaces de detenernos a meditar acerca de hacia dónde vamos, por qué caminos dirigimos nuestros pasos y únicamente nos conformamos con ir por “ahí”, por donde sea, no importa, el asunto es simplemente caminar sin tener objetivos específicos. La modernidad al lado de los adelantos tecnológicos que representan progreso, ha borrado en muchos casos al ser auténtico:

La cultura industrializada hace algo más. Enseña e inculca la condición necesaria para tolerar la vida despiadada. El individuo debe utilizar su disgusto general como impulso para abandonarse al poder colectivo del que está harto. Las situaciones crónicamente desesperadas que afligen al espectador en la vida cotidiana se convierten en la reproducción, no se sabe cómo, en garantía de que se puede continuar viviendo. Basta advertir la propia nulidad, suscribir la propia derrota, y ya se ha entrado a participar. La sociedad es una sociedad de desesperados y por lo tanto la presa de los amos. (Horkheimer y Adorno 18-19).

Decir “ahí vamos”, no es lo mismo que decir “vamos ahí”, porque la segunda frase tiene un norte, se dirige hacia un sitio determinado, una meta, al menos, un destino probable, sin embargo, la primera frase, al anteponer el adverbio “ahí” antes que el verbo en plural “vamos”, debilita la acción de “ir”. Además, nuestra forma particular de pronunciar las palabras, cambiando su acento natural, deja sin potencia o poder al adverbio “ahí”, ya que otorgamos el acento en la primera letra: “áhi”, en vez de la manera correcta, “ahí”. De esta forma, la fuerza que impera en el “ahí” gracias al acento ortográfico, queda eliminada.

Desde el pensamiento de Lash acerca de la posmodernidad, “las identidades, por lo tanto, no están individualizadas, sino ligadas al conocimiento colectivo de los mitos y rituales (Lash: 183). Partiendo de esta perspectiva, la expresión “ahí vamos” se encuentra formando parte de un colectivo que incluye mitos y rituales propios de la identidad del costarricense: el mito de la pureza de sangre, el mito de la democracia, el mito de la paz, el mito de la sencillez (el labriego sencillo); el ritual hecho costumbre en cuanto a la no definición como persona que cuenta con ideales propios, el ritual de llegar a destiempo a cualquier sitio, porque “como buenos ticos, siempre llegamos tarde”, el ritual de “como buenos ticos, dejar todo para el final”. Ahí vamos, como “arriando la carreta” de la pereza. Ni siquiera los tiempos posmodernos, en donde existe una mayor apertura hacia enfoques nuevos nos hace reaccionar. Pareciera que continuamos arrastrando actitudes en las cuales no se necesita tomar la iniciativa.

Los conceptos contenidos en la denominada “modernidad”, también se arrastran en el siglo XXI como bien lo señala Lyon:

Durkheim vio que con la modernidad se estaba produciendo una clara ruptura. Los lazos tradicionales de la familia, el linaje y la comunidad, rotos por la nueva movilidad y la inexistencia de una regulación convencional, sólo fueron sustituidos por la incertidumbre, la pérdida de dirección y la sensación de soledad de cada individuo. (62-63).

El “ahí vamos”, encierra en su significado esta incertidumbre; la soledad y la pérdida de dirección que Lyon propone en esta cita. De igual manera, el costarricense parece también responder al perfil del “hombre unidimensional” del que habla Marcuse: “En este universo, la tecnología también provee la gran racionalización para la falta de libertad del hombre y demuestra la imposibilidad ‘técnica’ de ser autónomo, de determinar la propia vida.” (186).

Desde la modernidad tardía o posmodernidad, podemos hablar de ¡Aquí vamos!, manejando el concepto más bien desde un determinismo positivo que genere acciones, las cuales sean capaces de lograr un cambio en la sociedad. Dicho en plural, generaríamos una fuerza aún mayor, que nos impulse y nos empodere para lograr los objetivos propuestos. La época actual nos

propone un cambio de actitud hacia nuevas perspectivas; nos invita a cambiar las cosas del pasado, a repensar y poner sobre el tapete las viejas actitudes para transformarlas en ideas revolucionarias, porque existe un espacio que nos permite actuar en forma novedosa:

[...] podemos decir que el fenómeno culinario, el juego de las apariencias, los pequeños momentos festivos, los paseos diarios, el ocio, etcétera, ya no pueden considerarse como momentos frívolos o carentes de importancia de la vida social. Tanto en cuanto se expresan emociones colectivas, constituyen una verdadera “centralidad subterránea”, una voluntad de vivir irreprímible que conviene analizar. (Vattimo.

Qué le vamos a hacer

Esta frase no es admirativa ni interrogativa, porque no se admira una situación determinada, así como tampoco se pregunta qué es lo que se va a hacer. Lo hecho, hecho está, ha tenido un resultado terminante y frente a ese resultado se toma una actitud. “Qué le vamos a hacer” es una oración reflexiva y concluyente, se da por terminado un asunto y se encogen los hombros. Ha acabado una acción o ha pasado un suceso y ya no hay nada que hacer, o se cree que no se puede hacer nada. La expresión es absolutamente conformista porque en su base hay plena resignación ante lo sucedido. (Naranjo 41).

En el desarrollo de este tema, el yo hablante señala la insistencia del individuo de visualizarse en plural, en colectivo, de manera que el sujeto se observa a sí mismo, pero es incapaz de asumirse como persona individual, capaz de generar acciones que puedan revertir acontecimientos o situaciones, en otras palabras, está imposibilitado para lograr ser parte de la subjetividad de la que habla Habermas:

Pero de forma tanto más aguda se plantea entonces el problema de cómo un sujeto, en las circunstancias contingentes de una biografía que él mismo no puede elegir, ha de poder empero encontrarse a sí mismo como un sujeto que es fuente de su propia actividad, es decir, encontrarse a sí mismo en la consciencia de ser aquel en que uno se ha convertido a sí mismo. (203).

El artículo “le”, antepuesto al verbo “vamos”, debilita la acción y cambia notablemente el giro y la intención de esta frase, porque la expresión “qué vamos a hacer” parece responder mayormente a un cuestionamiento, a una interrogante que sugiere una respuesta –¿qué vamos a hacer? “Hagamos esto o aquello.” Sin embargo, “Qué *le* vamos a hacer” sugiere que ya no existe una posible solución a determinado problema. La afirmación se encuentra más del lado de una concepción arcaica y conformista que se vincula al hecho de lo señalado por el “destino”, el cual, o sugiere una “voluntad divina” y, por tanto, resulta imposible sustraerse, o se refiere veladamente a cosa del destino: Qué le vamos a hacer ...

Algunas veces el “qué le vamos a hacer” se transforma en parte en un destino predeterminado por fuerzas superiores, contra las cuales no se “puede”, y lo que es peor, no se “debe” luchar, porque sería como enfrentarse a las fuerzas de la divinidad. El papel de una religiosidad mal entendida podría estar presente en forma velada en esta aseveración:

En el sistema cultural de la modernidad, la religión es un subsistema de símbolos que *oferta* “sentido”, así como otros subsistemas ofertan bienes de consumo, climas cálidos, espacios en la radio y en la TV, etc. (Vattimo 132).

El querer cambiar un “destino” o una situación dada, además implica esfuerzo y disciplina, requiere determinación y firmeza de carácter. ¿Acaso el costarricense no está capacitado para asumir estos retos o simplemente adopta la posición más cómoda, el no hacer nada, porque ... ¡Qué le vamos a hacer ... mejor no hagamos nada!

Dentro del pensamiento del modernismo tardío (o posmodernismo), la concepción o visión de mundo se ve transformada, al menos en parte, por otra forma de pensamiento, en el que supuestamente todo se cuestiona y no se acepta cualquier aseveración *per se*. La oración en estudio podría ostentar otra significación si la intencionalidad fuera diferente, si en vez de llevar signos de admiración, tuviera signos de pregunta: ¿Qué le vamos a hacer? Podemos hacer esto o aquello, es decir, buscar una posible solución al problema que se presenta, sin embargo, no es esa la intención de lo expresado en el texto, ya que este obedece más bien a la actitud derrotista del

“ya no hay nada que se pueda hacer”. ¿Por qué se presenta la segunda situación y no la otra? ¿Qué hace que el costarricense asuma la actitud negativa y no la positiva? ¿De dónde, o más bien, desde cuándo se maneja el derrotismo y el conformismo, en vez del afán de luchar por cambiar las cosas, por darles un giro nuevo, diferente? ¿Será acaso el fantasma recurrente del “labriego sencillo” de nuestro Himno Nacional, que, desde que quedó instaurado en nuestro canto patrio no hace más que repetirnos lo humildes y sencillos que debemos ser, sin preocuparnos por otra cosa que no sea trabajar en labores que no demanden un esfuerzo intelectual como es el de pensar?

Si la oración fuera dicha en singular: “Qué le voy a hacer”, en vez de “qué le vamos a hacer”, la intención cambiaría notablemente, ya que el individuo se enfrenta cara a cara con sí mismo; la expresión se convierte sin querer en cuestionamiento y como tal, exige una auto respuesta: debo contestar necesariamente, debo actuar por mí mismo, si no lo hago, no podré ocultar el hecho de haberme quedado impávido frente a la interrogante formulada. En cambio, al ser plural, me acojo a los “otros”, de esta manera, la “culpa” por no generar ninguna acción no es sólo mía, sino que esa “no respuesta” también hace recaer la culpabilidad en los demás, y, con esta conclusión, me doy fuerzas para continuar en la inacción.

La actitud es, sin duda, cuestionable. Desde cualquier punto de vista, la opción de “no hacer nada, porque nada se puede hacer”, no es válida en la modernidad, porque según los teóricos y filósofos, esta actitud más bien pertenece a una época ya superada:

La modernidad cuestiona todas las formas convencionales de hacer las cosas, estableciendo sus propias autoridades basadas en la ciencia, el desarrollo económico, la democracia o las leyes y altera el “yo”; si en la sociedad tradicional la identidad se recibe, en la modernidad se construye. (Lyon 50).

Cabe preguntarse entonces, qué tanto de actitud modernista ostenta el costarricense en la actualidad, o si por el contrario, permanece en el contexto de la sociedad tradicional de la que procede la apatía y el conformismo propios del “labriego sencillo”.

En la cotidianidad, la expresión señalada se encuentra presente en muchas ocasiones, analicemos algunas de ellas: “Todo está cada día más caro ... ¡qué le vamos a hacer!”, o, “¿Cómo estás? ¡Cada día más viejo ... qué le vamos a hacer!”. También se escucha: “La situación del país es terrible ... ¡qué le vamos a hacer! (en otros lugares está peor que aquí). Un acontecimiento cercano a nuestros días: “Ya *pasó* el TLC ... ¡Qué le vamos a hacer!”

Sin duda, el conformismo atraviesa todos los ámbitos: en la primera afirmación, la aceptación del costo de la vida impide siquiera el pensar cuáles son los factores que lo generan. Al no abrir al menos el espacio para pensarlo, se cae en la imposibilidad de buscar alternativas que puedan aportar ideas o soluciones ante el problema. De esta manera, el gobierno de turno no se ve forzado a realizar algún esfuerzo por contrarrestar con medidas políticas alternativas la situación que genera el costo de la vida. La segunda afirmación se refiere a la situación de vejez. Se da por entendido que el “viejo” debe aceptar su condición de ciudadano de menor rango, por el hecho de no poseer las mismas capacidades laborales y físicas que poseía en su juventud. Al aceptarlo, no reclama sus derechos, se ve excluido de la sociedad y asume el papel de anciano, por tanto, invalidado para cualquier desempeño profesional o de otra índole, aunque su estado de salud sea aceptable. La tercera afirmación está relacionada con la inseguridad ciudadana. Aquí, la expresión se enlaza de inmediato con la misma situación que se vive en otros países, sobre todo, los del área centroamericana, pero, igualmente, no se pasa a una segunda instancia: meditar acerca del porqué de la problemática de violencia y drogadicción y cuáles situaciones la generan, como por ejemplo, la pobreza, la cual es producto de las malas políticas, de la explotación, de la imposibilidad de adquirir empleo debidamente remunerado. El costarricense, en cambio, asume la posición más fácil, el no hacer nada, el quedarse impávido y aceptar cualquier cosa que se le imponga. La última aseveración hace referencia a la situación vivida en el país más relevante de los últimos años. En esa ocasión, la actitud de muchos costarricenses proyectó un cambio significativo, ya que movimientos de diferente índole se unieron en contra del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Contrariamente a la forma apática habitual, en esa ocasión los ciudadanos unieron fuerzas y se manifestaron unos a favor y otros en contra de ese tratado

comercial en particular. Al final, el resultado favoreció a los que formaban parte de las políticas gubernamentales y prácticamente todos los esfuerzos realizados por el grupo contrario fueron en vano. El grupo en el poder, hizo uso indiscriminado de los medios de comunicación para reforzar el discurso concomitante con sus intereses. Esta situación ilustra perfectamente la utilización de este recurso y retrata a la perfección el discurso de la modernidad:

[A]poyado en su experiencia de vida en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, Adorno, en obras como *Dialéctica de la Ilustración* [...] preveía que la radio (más tarde también la televisión) tendría el efecto de producir una homologación general de la sociedad, haciendo posible, e incluso favoreciendo, por una especie de tendencia propia demoníaca interna, la formación de dictaduras y gobiernos totalitarios capaces – como el *Gran hermano* de George Orwell en 1984– de ejercer un control exhaustivo sobre los ciudadanos por medio de una distribución de *slogans* publicitarios, propaganda (comercial no menos que política), concepciones estereotipadas del mundo [...] (Vattimo 13).

Tanto en la expresión *ahí vamos*, como en *qué le vamos a hacer*, el individuo se expresa en plural, porque no se considera un ser individual sino más bien es parte de una masa de gentes:

The era corresponds to the staid, ascetic, conformist, and conservative world of corporate capitalism that was dominant in the 1950s with its organization men and women, its mass consumption, and its mass culture. (Kellner 1).

A mí qué me importa

Si por comodidad y por medio a la individualidad, el hombre se esconde a través de un sujeto plural, cuando ya está frente a un suceso que lo conmueve, le repercute directamente y se refiere a su vida en forma concreta, pues ha tocado en alguna forma sus propios intereses, no hay evasiva posible en cuanto a una expresión que le pertenezca, sea parte de él. Ya no es admisible evadirse detrás del nosotros. Ese escudo no se puede aceptar. El hombre responde, ya escondiéndose dentro de sí mismo, “a mí qué me importa” y al enfatizar dentro de esa expresión dos formas de pronombre yo, está definitivamente sumergido en su propio círculo. (Naranjo 61).

Esta es una de las primeras expresiones de las que nos apropiamos los costarricenses, ya que, desde niños, no con palabras sino con lenguaje corporal, la damos a entender, subiendo y bajando los hombros en actitud despectiva hacia alguna circunstancia que, en efecto, no nos atañe. Esta enunciación puede abordarse desde varias perspectivas: si realizamos una decodificación, nos resulta lo siguiente: a) ¿Qué me importa a mí?, b) ¿A mí me importa qué? Igualmente, si cambiamos los signos de puntuación y omitimos la tilde: c) A mí *que* me importa.

Podemos acotar, en relación con la palabra “qué” lo siguiente:

Que es un pronombre relativo [...] Todos los relativos son dependientes, pues no pueden constituir otras palabras sin un enunciado [...] El significante de los relativos coincide fonéticamente con el de las unidades *interrogativas*, pero se distinguen porque éstas adoptan gráficamente una tilde, indicadora de su carácter tónico y autónomo. (Alarcos 98).

Partiendo de la oración primaria, “A mí qué me importa”, encontramos el pronombre personal “mí”, que en este caso, se acompaña de la preposición “a”: “a mí”. Se le conoce, entonces como “pronombre personal”. Alarcos menciona:

El significado léxico de los sustantivos personales, a pesar de la variabilidad de su referencia, según cada acto del habla, es siempre fijo y constante, como el que caracteriza a toda unidad lingüística: se reduce a significar cada una de las tres personas reconocibles en el coloquio. (72).

Tenemos entonces una referencia directa al “yo”: el individuo se auto nombra, se auto señala en un intento de posesionarse fuertemente de lo que más adelante va a manifestar. Notamos aquí claramente una diferencia con las otras expresiones analizadas anteriormente en este trabajo académico, ya que ellas hacen referencia a un “nosotros”: *ahí vamos, qué le vamos a hacer*. En este caso, se da un giro importante de contenido y de intención –el yo se manifiesta para expresar: *¡qué me importa!*

Por la acción de la tilde, “que” se convierte en un interrogativo: “qué”. La entonación es otro factor importante que otorga sentido a lo que se quiere expresar. En la oración en estudio,

por ejemplo, el significado puede manifestar una variación dependiendo del tono o el giro melódico que se le asigne: Podemos decir “a mí qué me **importa**”, poniendo un acento mayor en la palabra “importa”, de esta manera estamos refiriéndonos a una situación específica que, de hecho, no nos importa, pero si el acento o giro melódico está puesto mayormente en la palabra “que”, entonces es como si dijéramos que no nos importa nada en absoluto: “a mí **qué** me importa”.

En años recientes, en Costa Rica se hizo popular modificar esta expresión y sustituirla por otra más corta, que, sin embargo resulta aún mayormente peyorativa que la primera: *porta' mí*. En el cúmulo de la indiferencia se opta por desligarse y por desentenderse de una determinada circunstancia, acudiendo a la expresión señalada. Nuevamente, el acento principal recae ahora en las primeras letras: **porta'** mí. De nuevo la entonación señala diferencia:

La realización del contorno melódico se basa en las variaciones de tono descritas por la voz; pero estas se acompañan de modificaciones de la intensidad y de la duración de los fonemas sucesivos. Como esas mismas propiedades caracterizan también a los esquemas acentuales de las palabras insertas en el enunciado, pueden producirse interferencias entre acento y curva melódica. (Alarcos 50).

En el caso que nos atañe, *porta' mí* recibe un mayor grado de entonación en la vocal “o”, ya que, incluso se expresa otorgándole mayor duración: *póooorta' m:*.

[...] lo esencial en los contornos de entonación son las variaciones tonales. Todo enunciado “se canta” con una determinada melodía, que en parte está motivada por factores fisiológicos y psíquicos. (Alarcos 50-51).

Esta expresión es llevada más allá del lenguaje, ya que cuenta con la ayuda o el reforzamiento de un “paralenguaje”, entendiéndose por ello, un conjunto de sonoridades y formas de interactuar que refuerzan la acción comunicativa:

Además de transmitir *per se* una amplia serie de valores socio-comunicativos, los rasgos paralingüísticos presentan una estrecha interacción con el resto de dimensiones comunicativas. Por ejemplo,

una característica paralingüística, como la intensidad o volumen con que se pronuncie una determinada expresión en español puede estar relacionada con aspectos gramaticales (por ejemplo, de énfasis remático), con el cumplimiento de las máximas (por ejemplo, las expresiones irónicas suelen pronunciarse con más intensidad de lo normal), con la distribución de los turnos de palabra [...], o con el lenguaje no verbal. (Raga 46-47).

Las circunstancias en que el individuo se manifiesta, lo circunscriben en la categoría del “hombre unidimensional” del que nos habla Marcuse:

Dentro de las formas dominantes del lenguaje, se advierte el contraste entre las formas de pensamiento “bidimensionales”, dialécticas y la conducta tecnológica o los “hábitos de pensamiento” sociales. En la expresión típica de estos hábitos de pensamiento, la tensión entre apariencia y realidad, entre hecho y factor que lo provoca, entre substancia y atributo, tiende a desaparecer. [...] El lenguaje es despojado de las mediaciones que forman las etapas del proceso de conocimiento y evaluación cognoscitiva. Los conceptos que encierran los hechos y por tanto los trascienden, están perdiendo su auténtica representación lingüística. (115).

El ciudadano adopta una actitud de indiferencia ante los acontecimientos del país y del mundo; le da igual situarse en una posición, en otra o en ninguna, ya que parece no integrarse a ninguna causa determinada. La confirma es desligarse, no tomar partido, no involucrarse como parte de una sociedad. El costarricense por lo general, prefiere aislarse y vivir una existencia autosuficiente. Para ello, no cuenta con el resto de la sociedad, ya que esta actitud implicaría un compromiso de reciprocidad con los demás. Por el contrario, decide optar por apartarse y no tener que rendir cuentas ni “deber favores”. El *a mí qué me importa* resulta muy conveniente al asumir esa posición, ya que nada es importante para él. De igual manera, esta afirmación implica el esperar que, de la misma manera, a los otros tampoco les importe lo que yo hago. Así, lo que yo haga, no debe importarle a los otros y viceversa.

El *a mí qué me importa* se ve reflejado (aún cuando ni siquiera expresemos la oración) cuando sabemos que en el barrio hay un sitio para la venta de drogas, cuando nos enteramos de

un negocio ilícito, cuando sabemos o somos parte de los que explotan a ciudadanos extranjeros aprovechándonos de su difícil condición socio económica, cuando somos testigos de la violación de los derechos humanos para con los niños. Somos parte de los que hacen suya esta consigna si preveemos una situación de peligro inminente y no decimos nada; preferimos quedarnos callados, porque a fin de cuentas ... *¡a mí qué me importa!*.

La elección del costarricense de optar por la indiferencia, por la apatía, puede tener su génesis en el descontento, en la desilusión, en el desencanto hacia las instituciones y en general a los campos de poder que poco a poco han ido socavando las voluntades, porque, bien puede pensar el costarricense: ¿Para qué voy a exponerme por esta o aquella causa, si los que deben actuar, obligados por su posición política, no lo hacen? ¿Cómo nadar contra la corriente de los intereses que mueven a los dueños del poder, si con ello el ciudadano se estaría exponiendo a quedar fuera del sistema por el cual trabaja y del que no puede prescindir?

El pesimismo entonces se apodera del ciudadano porque: *ahí vamos, qué le vamos a hacer, total... ¡a mí qué me importa!* La actitud pesimista es una de las causas de la modernidad, porque es reflejo de la incapacidad, de la impotencia de no poder cambiar todo aquello que debe transformarse. Como menciona Savater:

El pesimismo es una disposición teórica fundamental referida a los propósitos y resultados de la acción humana: no es tanto una concepción del mundo como una perspectiva *práctica*. Considera que los más altos ideales humanos (felicidad, justicia, solidaridad, etcétera) nunca pueden ser conseguidos ni individual ni colectivamente del modo plenamente satisfactorio; que ni siquiera son del todo compatibles entre sí; que los hombres no ocupan ni remotamente el centro del cosmos, que no ha sido instituido ni organizado con el fin de satisfacerles; que el dolor y la contrariedad tienen una presencia abrumadora y determinante en la existencia humana; que en cada caso dado *ceteris paribus*, es más probable que la situación se incline hacia lo insatisfactorio para el hombre en lugar de colmar sus esperanzas; que esto se debe tanto a la estructura de la realidad —opaca y poco permeable a nuestros deseos— como a la índole de nuestros deseos mismos, racionalmente incontrolables, mucho más volcados hacia la desmesura que hacia la conformidad. (Savater, en Vattimo 118).

De por sí ...

Esta es una frase muy semejante a la someramente analizada en los párrafos anteriores. Sin embargo, tiene una diferencia sustancial, pues no se valora la importancia desde el punto de vista del mismo sujeto, sino que es más atrevida y concluyente, deja sin valor al sujeto, al objeto o al suceso de que se trate. Más que una frase de valoración, es una expresión despreciativa. No hay ignorancia, no hay desconocimiento, no hay afirmación negativa. Existe conocimiento y mediante ese conocer se mide despectivamente. La gradiente que se suscita, eleva al juzgador y desvanece o menoscaba lo juzgado. No se produce el juzgamiento en un mismo plano, el declive siempre desfavorece. (Naranjo 81).

La expresión *de por sí* es verdaderamente particular; no contiene sustantivos, adjetivos, ni verbos. Comienza por la preposición *de*, seguida de otra preposición, *por*, para terminar con una exclamación afirmativa, *sí*. Alarcos explica, respecto de las preposiciones lo siguiente:

Las preposiciones son unidades dependientes que incrementan a los sustantivos, adjetivos o adverbios como índices explícitos de las funciones que tales palabras cumplen bien en la oración, bien en el grupo unitario nominal. (214).

En nuestra frase contamos además con dos preposiciones, una seguida de la otra, una apoyando a la otra, como también se complementa con un adverbio afirmativo, “sí”: “Asimismo pueden combinarse dos preposiciones para matizar la referencia que se pretende dar a entender: *él, de por sí, no movía las tripas*” (222). Nótese que, en el ejemplo brindado por Alarcos, la frase “de por sí”, es parte de una oración completa.

La frase objeto de análisis, *de por sí*, es un “enunciado sin núcleo verbal” (384). Son llamados también *enunciados interjeccivos* (240). Esta clase de frases no pueden ser analizadas fuera de un contexto específico, ya que: “el contenido concreto de esta solo se puede dilucidar a través del contexto” (240). Se clasifica entonces, como una “interjección sintomática”:

Manifiestan en primer lugar el estado de ánimo del hablante sobre lo que comunica, sobre sus propias vivencias o sobre la situación. [...] Cada interjección es aplicable a variadas experiencias, y su sentido sólo se deduce del contexto. A la vez incluyen algún componente representativo o apelativo. Su significación constante se reduce a mostrar que el hablante injiere su punto de vista en el mensaje. Su sentido concreto depende de los significados del contexto y de las sugerencias de la situación. (242).

La expresión en estudio es corta y adolece de esas otras partes de la oración, como son los pronombres, sustantivos o verbos. El uso que el costarricense le otorga a esta frase, al no contar con las demás secciones propias de una oración, la convierte en una expresión que se adapta a disímiles situaciones, sin embargo, todas redundan en una sensación que bien puede mostrar pesimismo, resignación, sentimiento de impotencia o apatía. Bastan unos ejemplos de supuestos complementos que sin duda, han de resultar familiares: *De por sí*, no hay nada qué hacer. *De por sí*, por más que me esfuerce, no lo voy a lograr. *De por sí*, lo que no mata, engorda. *De por sí*, no se va a dar cuenta. *De por sí*, va a quedar mal. *De por sí*, aunque trabaje más, me pagan lo mismo. *De por sí*, ya no hay nada qué hacer. *De por sí*, me voy a morir. *De por sí*, del suelo no paso. *De por sí*, me vale sombrilla. *De por sí*, nadie se va a dar cuenta. *De por sí*, un trago más, un trago menos ... *De por sí* da lo mismo. *De por sí*, perdemos como siempre. *De por sí*, no me hace caso. *De por sí*, siempre hace lo que le da la gana. *De por sí*, es muy caro. *De por sí*, no importa. *De por sí*, no entiende. *De por sí*, da lo mismo. *De por sí*, me voy a quedar. *De por sí*, no precisa. *De por sí*, falta mucho. *De por sí*, todos los políticos son iguales. *De por sí* ...

Aunque solo sea a manera de experimento y tratando de revertir lo negativo en positivo, cabe realizar un ejercicio mental en torno a las designaciones aquí planteadas y que son propias de nuestra cotidianeidad. Recordemos que: “El lenguaje es el análisis del pensamiento: no un simple recorte, sino la profunda instauración del orden en el espacio.” (Foucault 88). Reflexionemos entonces acerca de cuál sería la contraparte de esta forma de pensar o de “resolver” las situaciones que se presentan en el diario vivir. Diríamos entonces: en vez de: *De por sí*, no hay nada qué hacer, exclamaríamos: intentemos esto o aquello. Si vamos a decir: *De*

por sí, por más que me esfuerce, no lo voy a lograr, mejor cambiemos por: Si me esfuerzo, lo puedo lograr. En vez de: *De por sí*, lo que no mata, engorda, digamos: Mejor cambio esta alimentación por otra más saludable. Si modificamos: *De por sí*, no se va a dar cuenta, podemos pensar: ¡Se puede dar cuenta!

En vez de: *De por sí*, va a quedar mal, pensemos: tratemos que nos quede bien. O bien: *De por sí*, aunque trabaje más, me pagan lo mismo, decidamos hacer las cosas mejor aunque eso no implique un premio salarial, sino una satisfacción íntima. *De por sí*, ya no hay nada qué hacer ... Pensemos positivamente en que siempre hay algo qué hacer. *De por sí*, me voy a morir ... mejor tomar la decisión de cuidarse lo más que sea posible. *De por sí*, del suelo no paso ... sin embargo, siempre podemos caer más profundo, a cambio de esto, esforcémonos por salir adelante. *De por sí*, me vale sombrilla. Mejor que nos importen las cosas, no nos sintamos fuera del entorno, porque lo que acontece a los demás, también nos afecta ya sea para bien o para mal. *De por sí*, nadie se va a dar cuenta...Siempre hay alguien que se entera, por lo que podemos llevarnos alguna sorpresa desagradable. *De por sí*, un trago más, un trago menos ... Ese trago de más puede ser la causa de un accidente que nos cueste la vida. *De por sí* da lo mismo. Nunca da lo mismo, siempre hay una oportunidad de mejorar cualquier situación. *De por sí*, perdemos como siempre. Revisemos entonces, qué es lo que hacemos mal. *De por sí*, no me hace caso. Pues, aunque “no me haga caso”, es preferible que tenga la opción de conocer otras alternativas. *De por sí*, siempre hace lo que le da la gana. De igual forma, propongamos ideas, pueden ser útiles en algún momento. *De por sí*, es muy caro. Algunas veces, es preferible desembolsar una mayor cantidad de dinero por un objeto que a la postre va a ser mejor o más duradero que uno de menor precio. *De por sí*, no importa. Todo importa, al final. *De por sí*, no entiendo. Se requiere un mayor esfuerzo mental muchas veces, pero, cuando algo nos demanda más coraje, la satisfacción que se recibe al final es más reconfortante. *De por sí*, da lo mismo. Nunca da lo mismo, porque siempre otro intento va a redundar en un beneficio adicional. *De por sí*, me voy a quedar. Aunque el resultado final no sea el óptimo pese al trabajo realizado, los conocimientos adquiridos se sumarán más tarde a los nuevos, para un resultado mejor. *De por sí*, no precisa. Aunque no

“precise”, siempre es preferible ir adelante y no atrás. *De por sí*, falta mucho. Mejor no dejar los deberes para el final, porque pueden presentarse situaciones inesperadas. *De por sí*, todos los políticos son iguales. Lamentablemente así parece, sin embargo, es pertinente brindar oportunidad a los que realmente sienten un verdadero interés por mejorar la situación del país.

Es difícil imaginarse o tratar de comprender cuándo el costarricense asumió un discurso de corte negativo. Los motivos por los cuales se dio esta situación son desconocidos. Lo cierto es que el lenguaje representa mucho más que simples palabras, frases, oraciones y expresiones: las palabras forman discursos y los discursos conforman y programan maneras de pensar y de actuar: “En consecuencia, los discursos [...] son los programas sociales que rigen nuestro comportamiento comunicativo, nuestras prácticas significantes.” (Gaínza 140).

El discurso del costarricense, según el texto analizado, mantiene un aire de apatía que pone en evidencia el desacuerdo del ciudadano hacia lo que hace o piensa. ¿Será acaso que esta actitud negativa sea el resultado de una cultura no propia, sino impuesta desde los primeros años de la formación del Estado costarricense? ¿Podría ser que la “identidad nacional” nunca ha respondido a la verdadera idiosincracia del costarricense, y la opción de desentenderse de las cosas es su manera de eludir esta identidad implantada?

Se advierte [...] una contradicción en el interior del propio proyecto nacional oligárquico, que oscila entre la identificación y la asimilación con los modelos económicos, políticos e ideológicos metropolitanos – europeos, en un principio; estadounidenses, más tarde– y el esfuerzo por construir una identidad y una cultura nacionales que pudieran concebirse como propias y autónomas. Máxime cuando el “progreso”, llevaba en su seno el germen de la enajenación: la sujeción del desarrollo nacional dominado por intereses ajenos. Así, el proceso de formación de una identidad nacional que respondiera a las exigencias del precario estado costarricense, oligárquico y periférico, quedó marcado, de manera inconsciente pero indeleble, por una múltiple enajenación que confundía los intereses nacionales con los intereses oligárquicos y las necesidades propias con los ordenamientos ajenos. Así, el concepto de “identidad nacional” que se forja como producto del desarrollo histórico-social costarricense obligaba a la mayoría de ciudadanos a la enajenación: a identificar su propio ser con la obediencia a intereses y designios ajenos. (Quesada 105).

Entonces, el costarricense al expresar la frase *de por sí*, en realidad estaría manifestando su inconformidad ante los acontecimientos que suceden en el diario vivir y que provienen de un pasado en que se le impuso una forma de ser y una manera de pensar y por esta razón comenzó a decir ... *de por sí* ... ¡Eso no es problema mío!

Idiay

De esta expresión sólo cabe comentar el significado que tiene en nuestro medio, pues la ha hecho el costarricense al vivir el español como lengua adquirida a la par de una cultura y de una religión. Y quizás la más importante de esta adquisición, sea la lengua en sí, pues ella conlleva cultura y religión. No en vano dice Bergson que: *“la tradición se apoya en el uso del lenguaje”*.

Dice don Carlos Gagini que “idiay” con signo de interrogación, es una expresión usadísima entre nosotros en los mismos casos en que los españoles exclaman “¿y bien?” y “¿por fin?”, “¿y luego?”, para incitar a que se concluya lo que se estaba diciendo o haciendo. Además, señala que es una pronunciación vulgar del castellano “¿y de ahí?” (Naranjo 99).

Ciertamente, la expresión “idiay” es una de las que mayormente caracterizan al costarricense; la utilizamos en nuestra cotidianeidad casi sin percatarnos. Igualmente, es parte imprescindible dentro de la literatura costarricense. Veamos algunos casos:

La mujer que no despegaba los ojos del camino, soñando con las cajas de dinero, criados y coches, salió a encontrarlo apenas lo columbró. Antes del saludo le preguntó: –**Idiai**, qué tal?, y las riquezas? (Leal 218).

El “idiai” en este extracto es usado como parte de un interrogatorio directo, ya que agrega de inmediato, lo que desea saber. Nótese que algunas veces es escrito con “i” latina al final.

Y porqué me dejó botado, hasta sin nombre ni apellido?

Y para qué te hace falta eso, Zambo?

Pues **idiay**, todos tienen. (Gutiérrez 84).

Aquí el “**idiay**” es más bien una exclamación que parece decir “porque sí, porque tengo derecho”.

–¿Por qué -le dije yo, ingenuamente extrañado–: Si el hombre se los regaló. Dijo que usted se los había ganao ...

Idiay, le sirvió el remedio que usted le vendió.(Fallas40).

En el colmo de la ingenuidad, el “**idiay**” representa un “lógicamente”.

Entonces se jué a consultar con Tatica Dios. Y el Señor, onde lo vio llegar al Cielo, se puso a reir y le preguntó: “**Idiay**, qué andás haciendo por aquí?” (Fallas 183).

El “**idiay**” es tan propio de nuestra cultura que es puesto hasta en boca de Dios.

[...] se levanta presurosa con el pretexto de encandilar el fogón de la cocina y ahí desahoga a solas sus angustias y a su regreso se queja en alta voz del humo corrosivo de los tizones que enchilan los ojos. ¿ –**Idiái**, te resolvés? susurra ñor Julián casi al oído de María Engracia. (González 150-151).

En esta ocasión, el “**idiai**” es utilizado como coaccionante de una respuesta que se requiere pronto.

Vamos a ver, ¿qué es la cosa? –le contestó el otro.

–Vea, ¿quiere que salgamos de mano leoncito?

El hombre se rio y dijo: –**Idiai**, ¿y cómo vas a hacer, vos tan chiquitillo? (Carvajal 113).

Aquí, “idiái” es usado para poner en duda una situación determinada, en este caso, que se logre el objetivo por causa de la estatura.

Transcurrieron quince días y yo cansado de esperar el anunciado acontecimiento, le pregunté una tarde a José Sibaja:

–**Idiay**, ¿qué pasa? ¿Cuándo es la cosa? (Fallas, *Marcos* 134).

La expresión es utilizada para apurar una acción determinada.

–¡Ay Arturo! ¡Qué torta! ... –me decían los primos de Alberto, todos a la vez.

–¡**Diay** maje, compre brújula! –se burlaban mis compañeros. (Ríos 62).

Tenemos aquí una modificación de la palabra “idiay”; ahora se ha compactado aún más omitiendo la primera letra. Esta expresión es usada sobre todo en la ciudad, en cambio, la forma original, es utilizada mayormente en las zonas rurales del país.

Se nota en todas las oraciones documentadas anteriormente, que esta palabra es casi indispensable en el lenguaje coloquial de Costa Rica. Su uso se adapta con gran elasticidad a variopintas situaciones, ya sean de asombro, aseveración, cuestionamiento, admiración, resignación, incredulidad, coacción. En todos los casos mencionados, la expresión “Idiay” se usa para reforzar aquello que se quiere dar a entender, como si lo que se comunica no posee la fuerza suficiente para dar a entender nuestro objetivo final. También puede ser usado para provocar una respuesta a lo que se pregunta. En todo caso, la expresión es característica del costarricense en el diario vivir.

Conclusión

La literatura al igual que el arte, en general, es fiel reflejo de la cultura de un país. En ellos podemos apreciar con claridad los cambios, las formas de pensar y de sentir de los pueblos. El texto analizado se enmarca, según el pensamiento de Mato, en el ámbito de la modernidad, en donde: “los discursos ‘modernizadores’ se encuentran con la desesperanza y el ‘nomeimportismo’ que según algunos caracterizarían a los tiempos actuales y a los porvenir” (3). No obstante, las expresiones aquí analizadas forman parte, desde hace muchas décadas, del lenguaje coloquial del costarricense, quien quizás ha asumido esas expresiones en forma contestataria por el hecho de haber tenido que actuar bajo normas impuestas que no corresponden a sus verdaderos intereses. Las expresiones analizadas en este ejercicio académico no solo comunican un deseo, un llamado de atención o una interrogante; el mensaje se encuentra escindido en la enunciación, en el tejido oculto del lenguaje, ya que: “El lenguaje es el análisis del pensamiento: no un simple recorte, sino la profunda instauración del orden en el espacio.” (Foucault 88).

Bibliografía

- Alarcos, Emilio. *Gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe S.A, 1996.
- Carvajal, María Isabel (Carmen Lyra). *Los cuentos de mi tía Panchita*. San José, Costa Rica: EDUCA, 1968.
- Fallas, Carlos Luis. *Marcos Ramírez*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2003
- Fallas, Carlos Luis. *Gentes y gentecillas*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1995.
- Fallas, Carlos Luis. *Mi madrina*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1994.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Colombia: Siglo Veintiuno Editores, 1984.

- Gaínza, Gastón. “Reproducción social: Discursos e ideologías”. *Revista de Historia* (Universidad de Costa Rica) 17 (1982): 133-144.
- Giddens, Anthony. *Las consecuencias de la modernidad*. Madrid: Editorial Alianza, 1993.
- González Zeledón, Manuel (Magón). *Cuentos de Magón*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2001.
- Gutiérrez, Joaquín. *Murámonos, Federico*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1973.
- Habermas, Jürgen. “Individuación por vía de socialización. Sobre la teoría de la subjetividad de George Herbert Mead”. *Pensamiento postmetafísico*. Madrid: Editorial Taurus, 1990. 188-239.
- Horkheimer, Max, y Theodor W. Adorno. “La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas”. *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1988. Secc. VI.
- Huysen, Andreas. *Mapping the Postmodern*. Bloomington: Indiana University Press, 1987
- Kellner, Douglas. *The Frankfurt School and British Cultural Studies: The Missed Articulation*. <<http://www.gseis.ucla.edu/faculty/kellner/Illumina%20Folder/kell16.htm>>.
- Lash, Scott, y Celia Lury. *Global Culture Industry*. Cambridge: Polity Press, 2007.
- Leal, María. *Cuentos viejos*. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 2004.
- Lyon, David. *Posmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 2000.
- Lyotard, Jean François. *La condición postmoderna*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2000.
- Marcuse, Herberth. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Editorial Planeta De Agostini, 1995.
- Mato, Daniel. *Estudio y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: CLACSO, 2002.
- Naranjo, Carmen. *Cinco temas en busca de un pensador*. San José, Costa Rica: Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, Departamento de Publicaciones, 1977.
- Quesada, Álvaro. “Sobre la identidad nacional”. *Revista Herencia* 2.1 (1990): 100-110.
- Raga Gimeno, Francisco. *Comunicación y cultura. Propuestas para el análisis transcultural de las interacciones comunicativas cara a cara*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005.
- Ríos, Lara. *Pantalones cortos*. San José, Costa Rica: Ediciones Farben, 1987.
- Vattimo, Gianni. *En torno a la posmodernidad*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1994.